

que los gases que se desprenden no impurifiquen la atmósfera. Además, arreglando las cañerías convenientemente, el agua que se pierda de la fuente puede servir para la limpieza de las letrinas.

La escalera está en el centro, con entrada á las dos escuelas; para que el maestro y maestra puedan subir á las habitaciones colocadas en el piso superior, encima de las escuelas respectivas. Los comunes están en el centro, para que un mismo depósito, que podrá estar debajo de la escalera, pueda servir á los dos.

La superficie total del terreno es de tres mil quinientos veinte pies, formando un rectángulo de ochenta y ocho por cuarenta pies de lado.

EXPLICACIÓN. (Fig. 2.)

1. Cobertizo.
2. Patio.
3. Guardarropa.
4. Fuente.
5. Común.
6. Escuela.
7. Escalera.

PROYECTO DE UN EDIFICIO PARA CUATRO ESCUELAS.

El edificio se supone construido en una capital de primer orden, y por lo mismo la economía exige que haya dos escuelas en el piso bajo y dos en el principal.

La figura del terreno es un rectángulo de ciento cincuenta por ciento veinte pies de lado, teniendo de superficie diez y ocho mil pies.

El edificio tiene entradas por los dos lados mayores, que corresponden á otras tantas calles.

Para la absoluta independencia de sexos en las dos escuelas, lo niños entran por una fachada, y los párvulos y niñas por la otra. En cada puerta hay su respectiva portería.

ESCUELA DE PÁRVULOS.—EXPLICACIÓN. (Fig. 7.)

1. Cobertizo.
2. Patio.
3. Guardarropa y comedor.
4. Escuela.
5. Pieza para lavarse.
6. Común.
7. Paso para subir el profesor á su habitación.

Esta escuela se supone para trescientos párvulos, teniendo de superficie mil quinientos cuarenta pies, que resultan para cada párvulo poco más de cinco pies cuadrados.

Los semicírculos tienen tres pies de diámetro, y están calculados para seis niños cada uno.

Las gradas tienen diez y ocho pulgadas de ancho, menos la última, que tiene doce pulgadas.—La altura de las mismas es de ocho pulgadas en las cuatro primeras filas, y de diez pulgadas en las restantes.

ESCUELA ELEMENTAL PARA DOSCIENTAS NIÑAS.—EXPLICACIÓN.

(Lám. 2, fig. 7.)

8. Cobertizo.
9. Patio.
10. Escalera.
11. Guardarropa.
12. Escuela.
13. Pieza para lavarse.
14. Comunes.

La forma de esta escuela es un rectángulo de treinta y cinco pies por cincuenta y siete pies de lado, siendo la superficie mil novecientos noventa y cinco pies cuadrados, correspondiendo á cada niña diez pies poco menos.

El ancho de los pasillos laterales es de seis pies, y el del centro de tres.

Los semicírculos tienen cinco pies de diámetro, y están calculados para nueve niñas cada uno.

Las mesas tienen diez pulgadas de ancho.

El intervalo de la mesa al banco, de cinco pulgadas.

El ancho de los bancos, seis pulgadas.

La distancia del banco á la mesa siguiente, doce pulgadas.

Las cuatro primeras mesas tienen de altura veinticuatro pulgadas, y los bancos catorce pulgadas.

Las cinco siguientes tienen veintiocho pulgadas, y los bancos diez y seis pulgadas.

Las cinco últimas treinta pulgadas, y los bancos diez y ocho pulgadas.

Las plataformas tienen diez pies de ancho, veinticuatro pies de largo y dos pies de altura.

Los armarios tienen cinco pies de ancho por nueve de altura.

Observaciones comunes á las dos escuelas.

Ambas escuelas tienen un mismo vestíbulo, núm. 15; y una misma portería, núm. 16; y las habitaciones de los profesores están en el cuarto segundo, en la mitad de la superficie de las escuelas respectivas, con las vistas á los mismos patios.

ESCUELA ELEMENTAL PARA DOSCIENTOS NIÑOS.—EXPLICACIÓN.

(Lám. 2, fig. 8.)

- 17. Cobertizo.
- 18. Patio.
- 19. Guardarropa.
- 20. Escuela.
- 21. Pieza para lavarse.
- 22. Comunes.
- 23. Paso para subir el profesor á su habitación.

Las circunstancias de esta escuela son iguales á las de la elemental de niñas, exceptuando la distancia del banco á la mesa, que es sólo de tres pulgadas.

NOTA. El desnivel que hay en las escuelas elementales de niños y niñas, es de un pie por cada 28 pies de longitud.

ESCUELA SUPERIOR PARA OCHENTA NIÑOS.—EXPLICACIÓN.

(Lám. 2, fig. 8.)

- 24. Cobertizo.
- 25. Patio.
- 26. Escalera.
- 27. Guardarropa.
- 28. Escuela.
- 29. Pieza para lavarse.
- 30. Comunes.

La superficie de la escuela es de mil novecientos noventa y cinco pies, y corresponde á cada niño veinticinco pies cuadrados.

El ancho de la mesa es de diez y ocho pulgadas; intervalo, cuatro pulgadas; ancho del banco, ocho pulgadas; paso del banco á la mesa siguiente, dos pies.

La altura de las primeras filas de mesas es de treinta y seis pulgadas, y la de los bancos, de diez y ocho pulgadas.

La altura de las segundas, veintiocho pulgadas, y la de los bancos, veinte pulgadas.

Las escuelas elemental y superior de niños tienen un mismo vestíbulo, núm. 31, y portería, núm. 32. Las habitaciones de los maestros están en el cuarto segundo, en la mitad de la superficie de las escuelas respectivas, con vistas á sus patios.

ENSEÑANZA.

§ I.

Consideraciones acerca de la clasificación de la enseñanza y de los niños.

Poseemos escuelas de diversos grados, caracterizadas por las varias materias ó ramos de enseñanza que comprenden. Es, pues, de suma importancia clasificar estas enseñanzas. En

nuestras antiguas escuelas no se enseñaban á la vez ó simultáneamente, sino que iban eslabonándose como más convenientemente parecía; y no sólo las enseñanzas eran sucesivas, sino que éstas se subdividían en varios grados, que se llamaban clases; así, en lectura corriente, ó de leer de corrido, como entonces se decía, hasta que el niño había llegado en lectura á esta última clase, no empezaba por lo común la de escritura, que también se subdividía en dos ó tres grados, y sólo cuando se creía fuertes á los niños en estas dos materias, se ampliaban las lecciones á la aritmética y gramática. Las lecciones de memoria acerca de la doctrina cristiana, solían iniciarse en el niño cuando leía ya medianamente.

Hoy ya en toda escuela bien organizada comienza la enseñanza desde el momento que los niños pisan por primera vez la escuela. Por fin se ha desterrado la rutina, y la razón, guiada por la naturaleza, ha puesto en evidencia la necesidad de variar los ejercicios y de hacer agradable el estudio, enlazando á la vez la enseñanza de las diversas materias. Las ciencias están tan íntimamente ligadas, que lejos de perjudicar á los niños esta simultaneidad, contribuye pasmosamente á facilitar su adquisición. Los niños no se fatigan como cuando se les tenía horas y horas en un mismo ejercicio, y la rápida y variada sucesión de éstos les sirve de recreo, contribuyendo los unos á fortalecer las ideas adquiridas en los otros. Ahora, pues, en toda escuela bien montada, cada ramo constituye una *clase general de enseñanza*, á que pertenecen todos los niños. Así, cuando decimos *clase general de lectura, escritura, gramática, etc.*, entendemos, no una pequeña porción de niños que componen la clase, sino todos los niños de la escuela, pues todos ellos deben pertenecer á las diversas *clases generales de enseñanza*.

Pero las clases generales han de subdividirse, porque no á todos los niños pudiera aprovechar una misma lección. Los de más edad, los que llevan más tiempo en las escuelas, los que asisten con más frecuencia, los más aplicados, y finalmente, los de mayor talento, han de hallarse naturalmente más adelantados que los que reúnan las circunstancias contrarias; y los que las reúnan todas, formarán lo más selecto y escogido de la escuela. Por eso las enseñanzas, esto es, los ramos, se subdividen en secciones. Sin embargo, no se ha de atender en esa subdivisión de la enseñanza al mayor ó menor desnivel de conocimientos á que se encuentren los niños. En una escuela naciente podrían hallarse todos iguales, las razones emitidas prueban la necesidad de la subdivisión; pero no son ellas las que nos han de servir por ahora de base. En este momento nos referimos á las enseñanzas, y hacemos completa abstracción de los niños. Dijimos, pues, que en una escuela debe haber tantas *clases generales de enseñanza* como ramos comprenda el grado á que pertenezca. Pero estas enseñanzas han de subdividirse también en varios grados, por los cuales han de ir pasando sucesivamente los niños. En lectura, por ejemplo, pueden establecerse desde luego tres grados: el primero es susceptible de

tres ó cuatro subdivisiones, y el tercero muy naturalmente puede fraccionarse en tres; de aquí nace que la clase general de lectura se la considere dividida en ocho secciones. ¿Se infiere de aquí que haya de haber siempre en la escuela estas mismas ocho secciones? Ciertamente que no; en primer lugar, nada impediría que considerásemos dividida toda la clase de lectura, esto es, toda la materia, en menos secciones; en segundo, ¿quién nos dice que haya de haber niños para todos estos grados? Sin embargo, una escuela bien ordenada debe tener siempre divididas en grados las diversas materias de enseñanza. Cuando sucede que no haya niños en todos estos grados se subdividirán los de un mismo grado; pero siempre se atenderá á esta clasificación científica y en cierta manera didáctica de la materia. Para hacer bien esta clasificación se ha de atender por el maestro á varias consideraciones; la primera y de más bulto es la extensión que se ha de dar á la misma materia, luego viene el método que ha de seguirse en su enseñanza, el cual nos indica el orden de sucesión de las ideas, y nos presenta con bastante claridad las que deben agruparse.

Una vez clasificados los diversos ramos y establecidas las secciones de que ha de constar cada clase general, según la importancia didáctica, viene naturalmente la distribución de los niños en estas mismas clases y secciones. Al efecto hay que tener presente el sistema por que se rige la escuela, la edad, la acción del maestro y el grado de instrucción.

Como el sistema es el alma de la escuela, conviene tener muy en cuenta las exigencias de éste, no sólo para la clasificación didáctica, sino para la material de los niños. Ante todo repetiremos que todos ellos, según nuestros principios, han de pertenecer á las diferentes clases generales de enseñanza. Por lo que hace á las secciones de que ha de constar cada clase, el sistema simultáneo exige á lo sumo cinco secciones, y el mutuo ó mixto ocho. Conviene tener esto presente para la subdivisión de la clase, pero por lo que hace á los niños, no siempre podremos llevar este principio á un excesivo rigorismo. Efectivamente, si en una escuela regida por el sistema simultáneo hay pocos niños, y sólo dos ó tres grados en sus respectivos conocimientos, ¿qué inconveniente hay en establecer sólo dos ó tres subdivisiones? Si, por el contrario, los grados de saber son diversos, y el número de niños llega al máximo de los que pueden ser enseñados por este sistema, ¿qué inconveniente puede haber en subdividir los niños hasta en seis secciones? En el sistema mutuo, donde la concurrencia de los niños suele ser numerosísima, hay casi siempre que subdividir las secciones.

Dijimos antes que para la clasificación de los niños debía tenerse presente la edad, y ciertamente es esta una consideración muy atendible. La diversidad de edades lleva casi siempre consigo la diversidad en el desarrollo intelectual, en la fuerza de voluntad, en las costumbres y en lo físico del niño. Al primer aspecto parece que la clasificación por edades debe conducir al profesor al acierto en esta materia; pero como el ejercicio

desarrolla de una manera notable al hombre, moral, intelectual ó físicamente considerado, y la inacción le enerva y abate, de aquí el que algunos niños, cuyo desenvolvimiento se dirigió con acierto, sean muy superiores á otros de mayor edad y cuya educación se haya descuidado.

Fácilmente deduciremos que la edad por sí sola no puede guiarnos para clasificar á los niños, y por eso hemos de tomar en cuenta el alcance de la acción del maestro, y el desarrollo intelectual del niño, ó sea su grado de instrucción.

El maestro, y lo que decimos del maestro se aplica á los ayudantes ó instructores, no puede dirigirse á muchos niños á la vez. Cuando este número pasa de diez, se enseña mal. Apenas puede conservarse entre ellos el orden, ni sostenerse la atención; es difícil hacer que todos tomen parte en el trabajo de la sección, y si se logra, es con tal escasez de tiempo, que se hace estéril de todo punto. Por otra parte, es casi imposible conseguir que muchos niños marchen tan á la par en la adquisición de los conocimientos, que no se haga forzoso adelantar á unos más de lo que debieran, y hacer que permanezcan estacionados otros que debieran ir adelante.

De esta última consideración se deduce que la circunstancia culminante que ha de tenerse presente para la clasificación de los niños, es la altura de sus conocimientos. Sin este requisito nos hallaríamos á cada paso detenidos en la enseñanza, y á poco que nos internáramos por tan mala senda, nos hallaríamos en un laberinto, cuya salida nos sería cada vez más difícil encontrar.

Resumamos ahora lo dicho, en pocas palabras:

Los diversos ramos que abrace una escuela deben formar otras tantas *clases generales de enseñanza*.

La materia de estas enseñanzas ha de subdividirse en *secciones*, agrupando en cada una lo más análogo y conveniente.

Conviene que estas secciones no excedan de cinco en las escuelas regidas por el sistema simultáneo, y de ocho en las que lo estén por el mutuo ó mixto.

Todos los niños de la escuela han de pertenecer forzosamente á las diversas clases generales de enseñanza.

No es indispensable que haya niños en todas las secciones en que se supone dividida la clase, y hasta que las recorran sucesivamente todas.

Es si necesario que los niños formen en cada clase general de enseñanza varios grupos, que también se llaman secciones.

Para la formación de estos grupos han de tenerse presentes la edad, el alcance de la acción del maestro y la altura de conocimientos de los niños. La primera y última de estas circunstancias exige igualdad, si bien en caso de hallarse encontradas, debe darse la preferencia á la última. El alcance de la acción del maestro exige que el número de que se componga cada sección ó grupo no exceda de diez.

Cuando la escuela se rige por el sistema simultáneo, estas secciones ó grupos no han de exceder de seis; pero cuando el

sistema es mutuo ó mixto, no sólo estas secciones han de ser en número de ocho en todas las materias, exceptuando la aritmética, que suele dividirse en diez, sino que cada sección puede subdividirse en varios grupos, á fin de conseguir mayor igualdad de conocimientos, siendo menor el número de niños de cada grupo.

§ II.

Consideraciones acerca de la distribución del tiempo y del trabajo.

La buena distribución del tiempo y del trabajo es una tarea que revela desde luego el tino y buen criterio del maestro. Mil causas pueden contribuir á que esta distribución no sea conforme á los buenos principios pedagógicos, y por eso es de sumo interés tener presentes las diversas consideraciones que han de dirigirnos con acierto en este empeño.

La distribución varía según el tiempo de que podemos disponer, y los ramos ó clases de enseñanza que abraza la escuela. Por eso al tratar de esta materia haremos completa abstracción de estos dos datos, que siempre se nos han de dar, y fijaremos los principios que deben servirnos de guía.

En la duración de las clases ó ramos de enseñanza conviene observar tres circunstancias capitales: la edad de los niños, la dificultad de la materia y su importancia.

Los niños de corta edad conservan por poco tiempo fija su atención, no sólo en las explicaciones, sino hasta en los mismos objetos materiales. De aquí se sigue cuán desacertada es la práctica seguida aún en algunas escuelas, donde los niños de que hablamos pasan todas las horas de la escuela ocupados en un mismo ejercicio, que suele ser el de la lectura. Por eso se eternizan en ella; por eso se desarrollan tan débilmente sus facultades intelectuales; por eso son tan insignificantes los progresos que se obtienen con semejante método. No padece menos su desarrollo físico; colocados siempre en una postura, fijos los ojos en un mismo objeto y hacinados en un reducido aposento, son estos infelices niños víctimas de una preocupación funesta, que deteriora su físico no menos que su moral. La edad, pues, exige que los ejercicios duren poco y sean variados; lejos de perjudicar el que se dediquen á varios ejercicios mentales sucesivos, esta variedad sostiene su atención y les sirve de descanso, y como todos los conocimientos humanos están íntimamente enlazados, la enseñanza de los unos fortifica la de los otros. La consideración de la edad parece exige á primera vista que la duración de las clases sea tan diferente, cuantos sean los matices que la desigualdad de edades de los niños ocasionare, pero esta desigualdad ó diferencia no es tan notable en las escuelas, que no permita para el mejor orden tomar un término medio como punto de partida. También puede durante una misma clase ó ramo introducirse variedad de ejer-

cicios, especialmente en las secciones que contengan ramos, cinco ó menos años.

Al distribuir también el tiempo y el trabajo se ha de tener en cuenta la dificultad de la materia. Las enseñanzas más difíciles exigen más tiempo que las fáciles; las que han de mantener práctica material, no sólo pueden prolongarse por más tiempo, sino que deben prolongarse. Por esta razón, aunque no sea más difícil aprender á escribir que á leer, la clase de escritura puede durar más tiempo.

Aunque ninguno de los ramos de enseñanza que abraza una escuela debe descuidarse, ni puede decirse en rigor que sea indiferente dejen de adquirir los niños ideas claras de todos ellos, hay, sin embargo, algunas materias cuya importancia no puede desconocerse. Es preciso, pues, dar en la distribución del tiempo un lugar preferente á estas materias.

Distribuido el tiempo entre las diversas clases, esto es, asignando á cada enseñanza el día de la semana, la mañana ó la tarde, el número de minutos que en cada uno de estos períodos de tiempo ha de ocupar, resta todavía fijar el orden en que se han de suceder estas mismas enseñanzas.

Conviene al efecto tener presentes la facilidad ó dificultad de la materia, la diversidad de aptitudes, y los diversos órganos que se ejercitan.

Ir de lo fácil á lo difícil es un precepto del método que reproducimos aquí; aunque formando la sucesión de ejercicios una especie de círculo, lo único que puede recomendarse respecto á esta circunstancia es la alternativa. Si los niños no hubieran de dedicarse á todas las clases de enseñanza que abraza la escuela, podría tener lugar el precepto en todo su rigorismo, como hemos dicho hablando del método; pero habiendo de comenzar desde el primer día la enseñanza de todos los ramos, sólo puede tener lugar la alternativa que hemos indicado: así, las clases difíciles alternarán con las fáciles, y esto basta para conservar el equilibrio y la armonía en la enseñanza.

No deben sucederse las clases ó ejercicios en que los niños tengan que permanecer en una misma actitud. Esto, como ya dijimos, perjudicaría su desarrollo físico, y quitaría á la ocupación intelectual una parte de la novedad y del encanto que naturalmente lleva ésta consigo. Por esta razón alternarán los ejercicios de las mesas con los de los semicírculos, los que se verifican en pie con los que se practican sentados.

También han de tenerse presentes para la sucesión de las clases los órganos que se ejercitan en la enseñanza. Conviene ocupar alternativamente los diversos órganos. Por eso debe procurarse que no vayan nunca seguidas dos clases de ejercicios orales, ó dos de ejercicios mudos, es decir, de aquellos en que se guarda forzosamente silencio.

Finalmente, el sistema por que se rige la escuela origina en la distribución del tiempo y el trabajo variaciones indispensables é hijas de la índole de cada uno. El que en el sistema mutuo quisiera introducir la simultaneidad de clases, alteraría

sistema es, solamente el orden, sin lograr nada de provecho; mien-
de si se intentase la sucesión de clases en el simultáneo,
en número de si se intentase la sucesión de clases; simultaneidad el simultáneo,
métrica. Ordenaría mucho tiempo sin fruto alguno. Por eso el sistema
de si el método exige sucesión de clases; simultaneidad el simultáneo,
de si sucesión y simultaneidad el mixto. Lo que nos resta que de-
igu. cir aún acerca de estos diversos sistemas, pondrá más de mani-
o. fiesto las reflexiones que acabamos de hacer.

§ III.

Explicación de la marcha de la enseñanza en una escuela de párvulos.

Para que nuestros lectores formen idea de la marcha de la enseñanza en una escuela de párvulos, creemos no poder presentarles mejor modelo que copiando literalmente lo que dice el Sr. Montesino en su *Manual* (1) con relación á este objeto.

Dice así:

ENTRADAS Y EJERCICIOS EN LA ESCUELA

«Si el maestro no tiene nombrados de antemano de entre los niños de mayor edad y más adelantados instructores de clase, debe nombrarlos diariamente antes de la hora de entrar en la escuela. En algunas escuelas se acostumbra nombrar instructores diarios, y este método tiene la ventaja de que el honor de ser los maestros de sus compañeros, que ordinariamente les lisonjea mucho, y que conviene que aspiren á él, pueda caber á un mayor número por medio de esta frecuente renovación; mas tiene la gran desventaja de que los instructores no sean idóneos para el desempeño de su encargo. No son tan útiles al maestro como cuando están prácticos, y éste no puede gobernar tan bien su escuela. Es, pues, más conveniente que estos pequeños funcionarios se elijan de entre los mayores y más capaces, renovándose según van saliendo de la escuela, ó cuando por alguna falta grave ó ineptitud es preciso reemplazarlos. Conviene siempre acostumbrar á los niños desde luego, tanto á los instructores como á los demás, á que miren este cargo como un negocio importante, y procuren desempeñarlo con celo y dignidad.

Debe haber tantos instructores como sean los semicírculos ó secciones en que se divida la escuela, y en cada semicírculo debe haber ocho ó diez niños ó niñas, á lo más. Los semicírculos deben estar marcados con una lista negra á lo largo de las paredes laterales de la escuela; en el centro de cada uno estará colgado el tablero con la lección correspondiente y el puntero.

(1) Los que quieran dedicarse á esta clase de enseñanza deben consultar muy detenidamente esta obra clásica en nuestra patria.

De este modo, suponiendo una escuela de cien individuos, cincuenta niños y otras tantas niñas, podrán ser doce los semicírculos, seis en cada costado ó cinco, y dos al frente ó extremo opuesto á la gradería, cuando no hay, como suele haber en algunas escuelas, un par de bancos en este sitio para que escriban los niños (1).

Algunos minutos antes de comenzar la escuela entran los instructores á reconocer sus respectivos semicírculos, y asegurarse de que el tablero, puntero y demás de su respectiva sección están en el lugar que corresponde.

Toca el maestro la campana ó da la señal para que los niños se reúnan y preparen á entrar en la escuela. Se reúnen en la pieza destinada á comer ó recreo, y se forman en dos filas; en una los niños y en la otra las niñas, todos arrimados á la pared, y los instructores ó ayudantes colocados en sus respectivos lugares, esto es, á la cabeza de su sección, que suele componerse, como se ha dicho, de ocho ó diez niños. Colocados de este modo, da el maestro la voz ó señal para que marquen el paso. Para que le imiten, lleva el compás dando golpes en una tablita, que debe tener á este efecto, con un mazo pequeño, una llave ó cualquiera otra cosa. Permanecen marcando el paso dos ó tres minutos, y los manda marchar sin descomponer las dos filas, que deben ir siempre paralelas, y á paso tan regular como sea posible. Van cantando alguna marcha, dando palmadas todos unas veces y en absoluto silencio otras, según lo ordena el maestro. También se les puede hacer marchar poniendo todos las manos sobre los hombros del que va delante, y este ejercicio puede contribuir á que regularicen el paso, pues sólo así evitarán el pisarse unos á otros.

Entran en la escuela, dirigiéndose la fila de los niños á su banco, y la de las niñas al suyo, cuidando de que los mayores queden colocados á mayor distancia de la gradería. Da después el maestro las voces de: *Alto, media vuelta, frente á la gradería*; y colocado entre las dos filas, al extremo opuesto de la gradería, sigue dando las voces: *De rodillas, manos atrás*. Comienza á recitar en alta voz el *Padre nuestro*, ú otra oración corta, repitiendo lo que diga el maestro ó un niño ó niña á quien él dé este encargo, y que al efecto se coloca también de rodillas en medio de la escuela. Concluida la oración, dice: *En pie, frente*; y todos quedan formados.

Unas veces se ocupa el maestro en mandar salir al niño ó niña que le parece, y en voz alta le hace algunas preguntas, con el fin de que todos comprendan el objeto de la oración. ¿Quién hizo la luz? ¿Quién ha criado á los hombres y á todos los animales, y á las plantas y á todas las cosas? ¿Quién da el alimento á los hombres? ¿Quién hace la noche y el día? ¿Debemos querer mucho al que nos da la comida? ¿Al que cuida de nuestros pa-

(1) No juzgamos conveniente estos bancos, ni que se ejerciten los niños en la escritura mientras permanezcan en las escuelas de párvulos.

dres y nuestras madres?, etc., etc. ¿Deberemos hacer lo que él nos manda? «Nos manda amar á nuestro padre, á nuestros hermanos y á todos los niños, y no hacer mal á nadie.» Otras veces hace preguntas relativas á las partes del cuerpo, especialmente los sentidos, para darles á conocer sus usos.

¿Dónde está la cabeza? ¿Dónde está la cara? ¿Dónde ó cuál es el ojo derecho? ¿Dónde la nariz? ¿Dónde la boca? ¿Dónde los oídos? (Haciéndoselos señalar con el dedo.) ¿Para qué sirven los ojos? ¿Para qué los oídos? etc., etc. Después de un corto ejercicio de esta especie, vuelven los niños á quienes se ha preguntado á colocarse donde les corresponde. Todos los demás niños han permanecido de pie con las manos á la espalda.

Se cuentan los niños, mandando á uno de los mayores que pase á contarlos en voz alta, diciendo los nombres, si pudiere, y haciendo otro tanto de las niñas mayores con las demás. El maestro y maestra cuidan de que este recuento sea bien hecho, y se hacen cargo de los que faltan, anotándolos en una lista que deben tener al efecto. Se pasa acto continuo revista de limpieza, nombrando del mismo modo niños que hagan esta revista. Según van pasando las filas, presentan las manos todos los niños, y las reconoce el niño inspector, así como la cara. El maestro ó maestra, que va detrás de este niño, observa si en efecto están peinados, limpios, etc., y cuando nota defecto de limpieza, hace salir inmediatamente al niño sucio para que se lave ó limpie. Cuando éste es muy pequeño, nombra otro niño ó niña mayor para que le acompañe. Si tienen los zapatos, medias, etc., desatadas, les ordena que los aten, ó manda venir una niña mayor para que haga este servicio á los más pequeños, ó en otro caso lo haga la maestra. Siempre es preferible, por varias razones, acostumar á los niños á esta especie de servicios mutuos, y esto debe tener lugar, tanto en la escuela como fuera de ella, mientras están en el establecimiento. Luego que se concluya la revista de aseo, sale la maestra para cuidar de que se laven bien los que han salido á este fin.

El maestro puede pasar después á una especie de ejercicios, que les agradan mucho, y les son muy útiles. Manda presentar las manos y que vayan contando á su imitación los dedos: primero de una sola mano, después de las dos, y según van adelantando, cuentan por los dedos hasta un número alto.

Esto mismo que ha hecho el maestro y todos los niños, lo hacen éstos individualmente cuando se les manda, y de este modo verá el maestro hasta dónde han llegado aun los más pequeños. Después puede hacerles presentar á una voz y á un tiempo la mano ó brazo derecho ó el izquierdo, una pierna, un pie, levantar ambos dando un salto todos á un tiempo, con lo que se entretienen mucho. Todo esto y lo demás que por este orden ocurra á la penetración del maestro, como todo lo que hayan de aprender y hacer, es preciso que lo vean hacer á otro. Puede hacerles señalar lo que es alto, levantando el brazo derecho y extendiendo la mano en posición horizontal; al contrario lo bajo; lo ancho, abriendo y extendiendo los brazos; lo estre-

cho aproximando las manos extendidas sin tocar la una á la otra; indicar la dirección á la derecha, apartando del cuerpo la mano y el brazo derecho en esta dirección, y lo mismo la izquierda con la mano correspondiente. Llevar la mano derecha al hombro izquierdo una ó dos veces; la izquierda al derecho del mismo modo, ambas á un tiempo. El pie derecho delante ó atrás, el izquierdo lo mismo, etc.

Suelen cansarse de estar de pie los niños pequeños, y se les manda sentar mientras están trabajando los mayores, que son los que pueden ocuparse en esto. Conviene á veces mandar que se sienten todos, excepto uno ó dos, media docena ó una, que se quiere que trabajen ó canten solos, y aun es preciso hacerlo algunas veces con los que tienen mejor oído y han de dar el tono.

Cantan después una ó dos canciones, según lo juzga conveniente el maestro, y hecho esto da la voz de: *Alto, clase de lectura.*

Las filas dan una vuelta entera alrededor de la escuela, marchan á compás y cantando el A, B, C, quedan colocados enfrente de sus respectivos tableros. Los instructores comienzan entonces sus funciones, ordenando los niños de su sección en semicírculo. Cada instructor sube sobre el banco, toma el puntero y comienza su ejercicio, señalando la letra, la sílaba ó palabra, y pronunciándola á media voz y con claridad para que los niños puedan repetirla. Las secciones inferiores comienzan aprendiendo de este modo, repitiendo todos á un tiempo la letra nombrada por el instructor, ó repitiéndola uno por uno, diciéndolas sin el auxilio del instructor cuando ya las van conociendo. Este los corrige, ó hace que se corrijan unos á otros, según ordene el maestro. Del mismo modo se conduce el instructor en las demás secciones, donde se ocupan, ya de sílabas, de palabras ó de períodos cortos (1). El maestro y maestra deben correr de continuo los semicírculos, para que los niños no se desordenen, para observar si los instructores desempeñan bien su cargo, para auxiliarlos en la corrección, y también para reemplazarlos en el acto cuando alguno ó algunos no son á propósito para el destino. Las personas aficionadas á estas escuelas, y particularmente las señoras y señoritas que las frecuentan, suelen gustar de hacer instructores en esta parte de la enseñanza, y es uno de los buenos servicios que hacen en ellas.

Por lo común los niños se cansan pronto de esta ocupación, poco agradable para ellos por lo quietos que se ven precisados á estar, principalmente los más pequeños. A poca práctica que tenga el maestro conocerá cuándo los niños comienzan á can-

(1) No estamos conformes en que los niños párvulos hagan estos progresos en lectura. Basta que lean palabras, y quizá fuera útil que sólo leyeran letras, y aún que no leyeran. Las escuelas de párvulos no deben tener otro objeto que el desarrollo físico, moral é intelectual del niño, y la instrucción que adquieran no ha de tener otro objeto que contribuir á este mismo desarrollo.